

El niño que descubrió la tumba de Tutankamon

La Historia encumbró a Howard Carter, el arqueólogo británico que, tras siete años peinando el Valle de los Reyes, descubrió en 1922 la tumba intacta de un faraón prácticamente desconocido. El hallazgo de la sepultura de Tutankamón -bautizado como el "faraón niño" por su ascenso al trono a los 12 años y su prematura muerte a los 20- no fue obra del egiptólogo cuya larga y hasta entonces estéril expedición a punto estuvo de colmar la paciencia de su mecenas, Lord Carnarvon. El milagro sucedió el 4 de noviembre, cuando el terrateniente británico barruntaba renunciar a la concesión para excavar una pedregosa hendidura atestada de enterramientos reales. "Fue mi abuelo quien descubrió la tumba de Tutankamón. Llevaba el agua a los miembros de la expedición. El 4 de noviembre de 1922 encontró de manera fortuita el primer escalón", proclama Mohamed Abdel Rasul, que regenta una pequeña taberna a las puertas del Ramesseum, el templo mortuorio del gran Ramsés II.

Con apenas 10 años, el yayo Husein Abdel Rasul se convirtió en el artífice de un hallazgo que revolucionó la Egiptología y reactivó la fascinación que desde los viajeros griegos suscita la tierra de los faraones. Carter -buen amigo de una familia con solera en Luxor- le había contratado como el aguador oficial de la misión. Cada mañana el pequeño Husein enfilaba a lomos de un burro el camino para que arqueólogos extranjeros y obreros locales se refrescaran el gaznate tras horas de suplicio bajo un sol de justicia. A menudo el mozo tenía que realizar dos trayectos el mismo día con tal de aplacar la sed de toda la cuadrilla. El agua llegaba hasta el yacimiento en dos grandes tinajas atadas al esqueleto del borrico. Aquel 4 de noviembre no fue distinto. Su nieto cuenta que Husein alcanzó el lugar a primera hora de la mañana. Antes de liberar de su carga al jumento, escarbó con sus manos en la arena para acomodar el culo ligeramente redondeado de las vasijas de barro. Fue en aquel preciso instante cuando el primer escalón asomó en mitad de la geografía del Valle de los Reyes, en la orilla occidental del actual Luxor.

El feliz incidente -firmado por la maña de Husein, hijo del capataz que dirigía a los peones de la excavación- no aparece, sin embargo, citado en el primer tomo de las memorias en las que Carter narra la tormentosa búsqueda de Tutankamón y su hallazgo agónico, cuando su equipo se preparaba "para abandonar el Valle y probar suerte en otro lugar". "Al llegar al trabajo aquella mañana percibí un silencio inusual. La excavación se había detenido y fui consciente de que algo extraordinario había sucedido. Me recibieron con la noticia de que un escalón cortado en la roca había sido descubierto bajo tierra. Me pareció demasiado bueno para resultar cierto, pero una limpieza superficial bastó para desvelar que estábamos en la entrada a una escalera tallada en la piedra, a unos 13 pies por debajo del acceso a la tumba de Ramsés VI y con una profundidad similar al nivel actual del Valle. El corte era el de unos escalones comunes en el Valle. Estaba casi seguro de que, al fin, habíamos encontrado nuestra tumba", escribió el británico.

<http://www.elmundo.es>

Las dos semanas surrealistas que Einstein pasó en España

Cuando Albert Einstein visitó Madrid, en 1923, una vendedora de castañas lo reconoció por la calle y le gritó “¡Viva el inventor del automóvil!”. La surrealista anécdota la recuerda el historiador estadounidense Thomas Glick e ilustra a la perfección el viaje del físico alemán a España, entre febrero y marzo de 1923. Einstein impartió conferencias en Barcelona, Zaragoza y Madrid y durante dos semanas fue el protagonista de la vida social española. Todo el mundo sabía quién era, aunque apenas un puñado de personas entendía qué había descubierto aquel sabio que “por el desgaire simpático de su traza y por su hermosa cabeza de revueltos cabellos grises, más que un pensador germano parece un artista latino”, según publicó entonces El Heraldo de Aragón.

Einstein llegó en tren a Barcelona procedente de Francia el 21 de febrero. El año anterior había recibido el premio Nobel por la ley del efecto fotoeléctrico. Y, en 1919, una expedición británica a África había demostrado que su revolucionaria teoría de la relatividad general era cierta. Era una celebridad mundial. Pero nadie fue a recibirle a la estación en Barcelona. Al físico se le olvidó avisar de en qué tren llegaba, así que caminó con su mujer hacia una humilde pensión y allí se quedó, según cuenta Glick en su imprescindible libro *Einstein y los españoles. Ciencia y sociedad en la España de entreguerras*.

El científico alemán llegaba a España invitado por el físico Esteve Terradas y el matemático Julio Rey Pastor. Terradas le había ofrecido 7.000 pesetas por las charlas de Barcelona y Madrid, una cantidad equivalente a dos años de salario de un profesor universitario, pero a Einstein “no le preocupaba la retribución por sus conferencias y libros”, según el físico Hanoch Gutfreund, antiguo presidente de la Universidad Hebrea de Jerusalén y uno de los mayores expertos mundiales en la figura de padre de la teoría de la relatividad.

“Fue a España porque prometió hacerlo cuando recibió la primera invitación de Rey Pastor en 1921. No pudo hacerlo entonces y le vino bien hacerlo cuando lo hizo. Salió de Alemania después del asesinato del ministro de Exteriores Walter Rathenau a manos de activistas de ultraderecha. Einstein también era un objetivo, así que le convenía desaparecer un tiempo”, sostiene Gutfreund. El físico alemán, de origen judío como el ministro, inició un largo viaje a Japón, Palestina y, finalmente, a España.

Los españoles recibieron a Einstein como a un héroe, sin entender muy bien por qué, como la vendedora de castañas. Así lo resumió el escritor Julio Camba en el periódico *El Sol*, el 6 de marzo de 1923: “Al presentarse ante el público que llenaba el aula de la Facultad de Ciencias, el Sr. Einstein fue acogido con una salva de aplausos. Indudablemente, todos los allí reunidos le admirábamos mucho; pero si alguien nos pregunta por qué le admirábamos nos pondrá en un apuro bastante serio”.

www.elpais.es

Un trabajo escolar de Matemáticas regresa a casa 38 siglos después

Hace 38 siglos, en las llanuras fluviales de lo que hoy es el sur de Irak, un estudiante de Babilonia hizo un trabajo escolar que cambió la comprensión de las matemáticas antiguas.

El estudiante tomó un trozo de arcilla húmeda, formó un disco del tamaño de una hamburguesa, y dejó que se secara un poco al sol. En la superficie de la arcilla húmeda, el estudiante dibujó un diagrama que demostró que los habitantes del Viejo Período Babilónico (1900-1700 antes de Cristo) entendían completamente los principios del "teorema de Pitágoras" 1.300 años antes de que naciera el geómetra griego, y también eran capaces de calcular la raíz cuadrada de dos a seis cifras decimales.

Hoy en día, gracias a internet y los nuevos métodos de exploración digital que se emplean en la Universidad de Yale, esta lección de geometría antigua sigue siendo utilizada en las aulas modernas de todo el mundo.

"Esta tableta de geometría es uno de los objetos culturales que posee Yale que más se ha reproducido en libros de texto de matemáticas en todo el mundo", dice el profesor Benjamin Foster, comisario de la Colección de Babilonia, que incluye la tableta. Es también una herramienta de enseñanza popular en las clases de Yale.

La tableta, formalmente conocida como YBC 7289, "Old Babylonian Period Mathematical Text", llegó a la Universidad de Yale en 1909 como parte de una colección mucho mayor de tablillas cuneiformes reunidas por J. Pierpont Morgan y donadas a la Universidad de Yale. En la antigua Medio Oriente, la escritura cuneiforme fue creada mediante el uso de un lápiz afilado a presión en la superficie de una tableta de arcilla blanda para producir impresiones a modo de cuña que representan palabras pictográficas y números. La donación de tabletas y otros artefactos de Morgan formó el núcleo de la colección de Babilonia de Yale, que ahora incorpora 45.000 artículos de los antiguos reinos de Mesopotamia.

www.abc.es

El pueblo se llama Yei: un mercado, varias casuchas, una pequeña iglesia y una oficina de Correos. Como en todo el mundo. Llega Jarda y dice que querían hacernos dar media vuelta. Tienen orden de dejar salir del Congo pero ninguna de dejar entrar. Ni siquiera preguntamos por la continuación, porque si Jarda arregla un asunto, seguro que estará arreglado.

Buen Dios, ¿dónde está ese Congo? El *jeep* corre a toda pastilla, una curva, una bajada, una subida, otra curva, ah, hay un indicador: COFFEE PLANTATION FIVE KILOMETRES. No, esto es aún Sudán. Una voz dice: “Si cada uno les aporta dos mil dólares mejoraremos su situación financiera”. Otra le contesta: “Ten cuidado, no vaya a ser que mejores su situación de abastecimiento”.

Un mono corre que se las pela, seguramente un babuino. Los babuinos son malos bichos porque se comen las cosechas de los campos, según se lee en un libro. Y arrojan piedras a las personas pero temen a las serpientes. Un babuino, visible, huyendo de una serpiente, invisible, es un espectáculo divertido, sostiene el autor, que, insiste, se había tronchado de risa. Al recordarlo, también yo me echo a reír. Al acto me llaman al orden. En efecto, son momentos llenos de tensión. ¿Qué nos aguardará dentro de una hora? ¿Nos recibirán abriendo fuego? Nos dará tiempo de gritar: ¡Amigos, queremos vivir!, pero ¿quién nos va a entender?

STOP.

En el camino desierto aparece un muchacho apoyado contra una barrera. En la mano lleva una hoz enorme en forma de alfanje. Junto a él, un poste con el rótulo medio borrado:

CONGO-SUDÁN.

En este sitio la carretera baja por una hondonada; la temperatura ha subido, garren los loros, empezamos a sudar. Estamos en enero, en Polonia también es enero, pero se nota la diferencia. El muchacho ha desaparecido en una de las chozas que flanquean el camino. Ahora asoma de ella el cañón de un fusil, luego un casco y finalmente sale un hombre con uniforme gris, es decir, un policía. Tras él emerge un segundo, un tercero y un cuarto, también armados, aunque vestidos más bien de playa: un simple pantalón corto.

Enseñamos nuestros visados. El que sabe leer los lee, los demás se centran en el coche. Uno de ellos da lecciones a nuestro chófer, sudanés: “Allí, en Sudán, se circula por la izquierda; aquí, en el Congo, por la derecha. No lo olvides porque si no...”.

La culata viaja a la altura de los dientes del chófer. El sudanés se vuelve gris de miedo pero aguanta valientemente. Nuestros datos personales están comprobados, nuestros equipajes revisados; podemos continuar.

RYSZARD KAPUSCINSKI: *Estrellas negras*, Anagrama